

mos, y por tanto se vió Jesus obligado á decirles abiertamente: A vosotros es á quien se dirige todo este discurso; y os aseguro que en castigo del desprecio que haceis de las gracias del cielo, el reino de Dios que hasta aquí ha estado entre vosotros, no lo estará ya mas, y se os quitará, tanto porque vuestra ley y vuestro sacerdocio serán abolidos, como porque vosotros no tendreis parte en los bienes de la ley de gracia (era principalmente á los fariseos y á los sacerdotes á quienes Jesus hablaba): vosotros sereis privados de la luz del Evangelio; esta será llevada á los gentiles, y la sinagoga quedará enteramente destruida. Los bienes espirituales que yo pensaba derramar sobre vosotros, serán trasportados á otros mas reconocidos y mas fieles. Por fin, el Salvador concluyendo este importante discurso, sabed, les dijo con un tono de maestro, sabed que el que cayere sobre esta piedra se hará pedazos; esto es, aquellos que continuaren en despreciarme, y que rehusaren reconocermé; esos espíritus incrédulos, orgullosos, para quienes mi cruz será un escándalo, mi doctrina una locura; esos hombres que no tendrán otro espíritu que el del mundo, y que chocarán contra mí en su ceguera, serán hechos pedazos, perdidos, reprobados: y esta misma piedra aplastará á aquellos sobre quienes cayere, esto es, en el juicio último en el que mi brazo omnipotente se agravará sobre todos los pecadores, y les hará sentir todo el peso de mi indignacion y de mi cólera. Esta parábola no solo mira á los judíos: ninguno de nosotros hay que no pueda hallar en ella un fondo de instrucciones saludables y un motivo de confusion. Todos tenemos una viña, por decirlo así, que cultivar, esta es nuestra alma Dios por el bautismo la ha puesto en estado de rendir en lo sucesivo mucho fruto: ¡qué de socorros para ello en los sacramentos, en los ejercicios de piedad, en la oracion! las instrucciones no nos han faltado. Dios no ha dejado de enviarnos sus siervos; ¡qué zelosos predicadores! ¡qué sabios y santos directores! ¡qué inspiraciones tan fuertes! ¡qué lecciones tan saludables en los libros de piedad y en los buenos ejemplos! todo esto lo ha despreciado y hecho inútil nuestra malicia. Jesucristo mismo ha venido realmente á nosotros en la Eucaristia; pero ¿ha sido mejor recibido? ¿por cuantas comuniones sacrilegas no ha visto renovar en este adorable Sacramento los oprobios de su pasion y de su muerte ignominiosa? Temamos que Dios cansado por nuestras infidelidades, y justamente irritado, nos repruebe, y dé á otros mas reconocidos y mas fieles la recompensa y los bienes espirituales que nos habia destinado.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Da, quæsumus, omnipotens Deus, ut sacro nos purificante jejunio, sinceris mentibus ad sancta ventura facias pervenire. Per Dominum...

Haced, os rogamos, ó Dios omnipotente, que purificados por el sagrado ayuno, podamos celebrar las proximas fiestas con la fidelidad de un corazón sincero. Por nuestro Señor, etc.

La Epístola es tomada del cap. 37 del libro del Génesis.

In diebus illis: Dixit Joseph fratribus suis: Audite somnium meum, quod vidi: putabam nos ligare manipulos in agro: et quasi consurgere manipulum meum, et stare, vestrosque manipulos circumstantes adorare manipulum meum. Responderunt fratres ejus: Nunquid rex noster eris? aut subjiciemur ditioni tuæ? Hæc ergo causa somniorum atque sermonum, invidiæ et odii fomitem ministravit. Aliud quoque vidit somnium, quod narrans fratribus, ait: Vidi per somnium, quasi solem, et lunam, et stellas undecim adorare me. Quod cum patri suo, et fratribus retulisset, increpavit eum pater suus, et dixit: Quid sibi vult hoc somnium quod vidisti? num ego, et mater tua, et fratres tui adorabimus te super terram? Invidebant ei igitur fratres sui: pater verò rem tacitus considerabat. Cumque fratres illius in pascendis gregibus patris morarentur in Sichem, dixit ad eum Israel: Fratres tui pascunt oves in Sichimis: veni,

En aquellos dias, dijo José á sus hermanos: Escuchad el sueño que he tenido: parecíame que estábamos todos atando gavillas en el campo, y que mi gavilla como que se elevaba y estaba derecha, mientras que los vuestras rodeándola la adoraban. Dijéronle sus hermanos: ¿Qué acaso serás tú nuestro rey, ó es que hemos de estar sujetos á tu imperio? Estos sueños y estos discursos dieron pábulo á la envidia y al odio de sus hermanos. Otro sueño tuvo todavía, el cual contó tambien á sus hermanos: Vi, les dijo, entre el sueño, el sol, la luna y once estrellas que se postraban delante de mí. Y habiendo referido este sueño á sus hermanos y á su padre, éste le reprendió y le dijo: ¿Qué quiere decir ese sueño que has tenido? ¿acaso yo, tu madre y tus hermanos te hemos de adorar sobre la tierra? Asi es, que sus hermanos habian concebido una violenta envidia contra él, mas su padre consideraba todo esto en

mittam te ad eos. Quo respondente, Præstò sum, ait ei: Vade, et vide si cuncta prospera sint erga fratres tuos, et pecora, et renuntia mihi quid agatur. Missus de valle Hebron, venit in Sichem: invenitque eum vir errantem in agro, et interrogavit quid quereret. At ille respondit: Fratres meos quæro: indica mihi ubi pascant greges. Dixitque ei vir: Recesserunt de loco isto: audivi autem eos dicentes: Eamus in Dothain. Perrexit ergo Joseph post fratres suos, et invenit eos in Dothain. Qui cum vidissent eum procul, antequam accederet ad eos, cogitaverunt illum occidere: et mutuo loquebantur: Ecce somniator venit: venite, occidamus eum, et mittamus in cisternam veterem, dicemusque: Fera pessima devoravit eum: et tunc apparebit quid illi prosint somnia sua. Audiens autem hoc Ruben, nitebatur liberare eum de manibus eorum, et dicebat: Non interficiatis animam ejus, nec effundatis sanguinem; sed projicite eum in cisternam hanc, quæ est in solitudine, manusque vestras servate innoxias: hoc autem dicebat, volens eripere eum de manibus eorum, et reddere patri suo.

silencio. Un dia que los hermanos de José estaban en Sichem, donde guardaban los rebaños de su padre, Israel dijo á José: Tus hermanos están en Sichem con nuestros rebaños; ven y te enviaré á ellos. Pronto estoy, dijo José. Vé, y mira si tus hermanos se portan bien, y si los ganados están en buen estado, y vuelve á decirme lo que hay. Partió, pues, José del valle de Hebron á Sichem. Habiéndose extraviado en la campiña, le encontró un hombre y le preguntó qué era lo que buscaba. Busco á mis hermanos, respondió; dime, te ruego, donde apacientan los rebaños. Dijole pues aquel hombre: Se han ido de este sitio; mas les oí decir: Vamos á Dothain. Fuése luego José en busca de sus hermanos, y los halló en Dothain. Apenas percibieron que venia á lo lejos, antes que llegase formaron el designio de matarle, y se dijeron los unos á los otros: Ya viene el soñador; venid, matémosle, y echémosle en esa cisterna vieja, y diremos que una fiera pésima le ha devorado, y entonces veremos de qué le han servido sus sueños. Mas habiendo oido esto Ruben, buscaba el medio de librarle de sus manos, y al efecto les decia: No le quiteis la vida ni derrameis su sangre; echadle en esa cisterna que está en el desierto, y conservad vuestras manos puras: esto lo decia con el objeto de librarle de sus manos y volverle á su padre.

«El Génesis es el primer libro de la Biblia, llamado así porque comienza por la historia de la creacion del mundo. Su autor es Moisés. Contiene en cincuenta capitulos la historia de la creacion del mundo, la genealogía de los Patriarcas, la narracion del diluvio, el catálogo de los descendientes de Noé hasta Abraham, la vida de Abraham, de Isaac, de Jacob, y de José, la historia de los descendientes de Jacob, hasta la muerte de José, de modo que comprende la historia de cerca de dos mil trescientos sesenta y nueve años desde la creacion del mundo.»

REFLEXIONES.

Estos discursos dieron pábulo al odio y á la envidia que ya le tenían sus hermanos. Apenas se encuentran la una sin la otra estas dos malignas y bajas pasiones; las dos nacen de un mismo principio, el odio sigue á la envidia; y como tienen el mismo principio, tienen tambien el mismo motivo, el mismo objeto y el mismo fin. La envidia es la pasion de las almas bajas, de los genios mezquinos y de los malos corazones. Es necesario tener todo esto para afligirse de la felicidad de los demás; el gozar de prosperidad basta para ofender á un envidioso. ¡Pudo darse jamás una pasion mas irracional! las buenas cualidades de otro le irritan; su malignidad no se estrella de ordinario mas que en la virtud. Es un odio sombrío y enfadoso del mérito de los demás; no habria envidiosos si el envidioso no hallase persona que tuviese mas mérito y mas virtud que él. Son semejantes á los animales nocturnos, los cuales no pueden sufrir la luz porque descubre lo disformes que son, y he aquí lo que irrita su hiel y su cólera; el canto mas melodioso de los otros pájaros, la variedad y el brillo encantador de su plumaje les avinagra. El envidioso estaria contento si no viese ninguno que no fuese mas malo y mas despreciable que él. ¡Qué pasion, buen Dios, tan odiosa! Se engañará cualquiera que pretenda apaciguarla ó endulzarla á fuerza de hacerla bien; al contrario, no hay cosa que mas la exaspere. La moderacion misma en la prosperidad, la hace mas mordaz y mas fiera. Lo que gana el corazon de las gentes la indigna; la buena fortuna la desagrada; la modestia misma la hiere; la reputacion de otro forma su suplicio; basta que cualquiera no sea desgraciado ó que tenga mérito para que sea culpado en su tribunal. Sospechas injuriosas, interpretaciones malignas, burlas picantes, murmuraciones, negras calumnias, supercherías, afrentas, todo lo que puede deslucir, todo cuanto puede dañar, de todo se sirve; la injusticia mas atroz es uno de los

artificios que pone en movimiento, cuando no le salen bien los demás resortes de que se vale. La envidia es tan antigua como el mundo: Abel ha sido su primera víctima: José ha experimentado toda su malignidad. Por más que se haga, mientras que haya virtud, habrá envidia: jamás se reconciliará con la gente honrada; pero la gente honrada debe temer mucho una pasión tan despreciable y tan injusta, sobre todo después que no ha respetado ni tenido atención al Salvador del mundo. (*Matth. 27.*) La virtud es su enemigo irreconciliable, y la virtud es también siempre su escollo. De la hinchazón de un corazón ulcerado es de donde se forma siempre el veneno con que trata de emponzoñar las mejores acciones. Nunca hubo envidia sin orgullo; pero un orgullo vil, maligno, enemigo, que no tiende tanto á ensalzarse como á ennegrecer, á desacreditar, á abatir el mérito. No es un amor de la gloria el que la anima, sino el despecho de hallarle en otro. Alabar á alguno en presencia de un envidioso es encender su bilis: ¡qué rodeos malignos para que no se perciba sino á media luz la virtud de los demás! ¡qué de artificios para rebajar el mérito! Su indignación pasa hasta aquellos que piensan con más justicia, ó al menos más caritativamente que él. Jamás mira con buenos ojos todo lo que brilla. La demasiada luz hiere los ojos enfermos. Obrese enhorabuena por los motivos más puros; un envidioso escudriña el corazón y quiere siempre hallar en él intenciones defectuosas; no puede persuadirse que los demás sean mejores que él. Y no creamos que la amistad más natural y mejor cimentada sea un baluarte contra sus tiros. ¡Qué estragos no hace en las sociedades y en las familias más religiosas! Su veneno se esparce por todas partes. ¡Qué horror no se debe concebir contra una pasión tan opuesta al espíritu de la religión, y á la tranquilidad de la vida civil!

El Evangelio de la misa es del capítulo 21 de S. Mateo.

In illo tempore: Dixit Jesus turbis Judæorum, et principibus sacerdotum parabolam hanc: Homo erat paterfamilias, qui plantavit vineam, et septem circumdedit ei: et fodit in ea torcular, et edificavit turrim, et locavit eam agricolis, et peregrè profectus est. Cum autem tempus fructuum appropinquasset,

En aquel tiempo dijo Jesús á la muchedumbre de los judíos y á los príncipes de los sacerdotes esta parábola: Había un hombre, padre de familias, que plantó una viña, la circundó con un seto, abrió en ella un lagar, edificó una torre, la arrendó á unos viñadores, y se marchó á un país le-

misit servos suos ad agricolas, ut acciperent fructus ejus. Et agricolæ, apprehensis servis ejus, alium ceciderunt, alium occiderunt, alium verò lapidaverunt. Iterum misit alios servos plures prioribus, et fecerunt illis similiter. Novissimè autem misit ad eos filium suum, dicens: Verebuntur filium meum. Agricola autem videntes filium, dixerunt intra se: Hic est heres, venite, occidamus eum, et habebimus hereditatem ejus. Et apprehensum eum, ejecerunt extra vineam, et occiderunt. Cum ergo venerit dominus vineæ, quid faciet agricolis illis? Ajunt illi: Malos malè perdet: et vineam suam locavit aliis agricolis, qui reddant ei fructum temporibus suis. Dixit illis Jesus: Numquam legistis in Scripturis: Lapidem, quem reprobaverunt ædificantes, hic factus est in caput anguli? A Domino factum est istud, et est mirabile in oculis nostris. Ideò dico vobis, quia auferetur à vobis regnum Dei, et dabitur genti facienti fructus ejus. Et qui ceciderit super lapidem istum, confringetur: super quem verò ceciderit, conteret eum. Et cum audissent principes sacerdotum et pharisæi parabolam ejus, cognoverunt quod de ipsis diceret. Et quærentes eum tenere, timuerunt turbas; quoniam sicut Prophetam eum habebant.

jano. Habiendo llegado el tiempo de recoger los frutos, envió sus criados á los viñadores para que les entregasen el fruto, mas habiendo los labradores hecho presos á estos criados, á uno hirieron, á otro mataron, á otro apedrearon. Envióles segunda vez otros criados en mayor número que los primeros y los trataron del mismo modo. Ultimamente les envió á su hijo, diciendo dentro de sí: Respetarán al menos á mi hijo. Mas los colonos viendo al hijo, dijeron para sí: Este es el heredero; venid, matémosle, y nos haremos con su heredad. Y habiéndole aprehendido le arrojaron fuera de la viña y le mataron. ¿Cuándo viniere, pues, el señor de la viña, qué hará con aquellos viñadores? A esos miserables, le dijeron, les hará perecer miserablemente, y alquilará su viña á otros viñadores que le paguen su fruto en su debido tiempo. Dijoles entonces Jesús: ¿No habeis leído nunca en las Escrituras: La piedra que han reprobado los que edificaban, esta es la que se ha puesto en la punta del ángulo? El Señor es el que ha hecho esto, y no puede menos de ser admirable á nuestros ojos. Por tanto yo os digo, que se os quitará el reino de Dios, y se dará á otro pueblo que produzca sus frutos; y el que cayere sobre esta piedra, se hará pedazos; y aplastará á aquel sobre quien cayere. Ha-

biendo pues los príncipes de los sacerdotes y los fariseos oido esta parábola, reconocieron que hablaba de ellos; y tratando de prenderle, no se atrevieron, porque temieron al pueblo, el cual miraba á Jesus como un Profeta.

MEDITACION.

Sobre el precio de la salvacion.

PUNTO PRIMERO. — Considera cual es el precio de la sangre adorable de Jesucristo: esto es justamente lo que vale mi salvacion; tal es el precio de la salvacion de mi alma. Pero ¿es esta la idea que tenemos de nuestra salvacion?

Es un tesoro puesto que encierra todos los bienes, y la fuente misma de todos los bienes en la posesion de Dios mismo; pero que puede muy bien llamarse tesoro escondido, en razon de que son pocos los que reconocen su precio, oculto puesto que no se quiere dar nada, no se quiere hacer cuasi nada para comprarlo; oculto puesto que se pierde sin pena, sin embargo de que todo el mundo conviene que somos desgraciados desde que lo hemos perdido. ¡Qué lamentable es nuestra conducta! ¿Hemos obrado nuestra salvacion? ¿Nada tenemos ya que sentir? ¿ya somos soberanamente dichosos? ¿no hay ya nada que temer? ¿Nos hemos condenado? Aun cuando durante nuestra vida hubiésemos salido bien en todo lo que hubiéremos emprendido; aun cuando hubiéremos sido los mas dichosos, los únicos dichosos de todos los mortales, todo se ha perdido, nada se ha hecho; nuestro patrimonio es el supremo mal, el conjunto de todos los males y de todos los males eternos. ¿Qué os parece? ¿Es de algun precio la salvacion? ¿merece nuestras solicitudes? ¿será mucho sacrificar alguna cosa para conseguir nuestra salvacion?

¡Dios mio! ¿en qué consiste nuestra sabiduría? ¿qué se ha hecho nuestra razon? ¿donde está el buen sentido? ¿y á qué se reduce nuestra creencia? Se hacen gastos inmensos, se agota, se desparrama aun mucho mas de lo que se tiene para comprar un cargo, para tener una tierra, para adquirir muchas veces un nuevo fondo de inquietud, de penas y de disgustos; y por el cielo, para adquirir este fondo inagotable de felicidad, esta fuente

perenne de bienes eternos, se rehusa con frecuencia el dar aun lo supérfluo; no se querría dar á los pobres lo que se pierde al juego; una abstinencia, un ayuno de Cuaresma parecen preceptos muy pesados. ¡A cuantos les parece que la salud eterna es demasiado costosa! y sin embargo, ¡qué proporcion hay, buen Dios, entre la bienaventuranza, la felicidad eterna, y todo lo que podemos hacer y sufrir en esta vida!

¡Dios mio, qué caro nos cuestan nuestros errores, y cuan lastimosamente desmiente nuestra conducta á nuestra creencia! Saber lo que es la salud eterna, creer lo que ha costado mi salvacion, y decir que es demasiado lo que se pide para salvarse: ¡qué extravagancia mas impía ni mas execrable!

PUNTO SEGUNDO. — Considera lo que los santos han hecho, y lo que han sufrido para salvarse. Los unos desesperando de obrar su salvacion en el mundo, se han ido á buscar en los desiertos mas espantosos un asilo á su inocencia; los otros precisados por su estado á permanecer en él, han envidiado la suerte de los solitarios, han vivido en una vigilancia continua, se han considerado como gentes combatidas por la borrasca, y siempre en peligro de perderse. He aquí unas personas sabias que han tenido una idea justa del precio y de la importancia de la salvacion: ¿somos nosotros tan ilustrados, ó mas ilustrados que estas grandes almas? Una Sta. Perpetua, una Sta. Felicitas, tantos millones de mártires, han estado persuadidos que se les daba el cielo por nada, aun cuando les costase toda su sangre. Nosotros rehusamos una ligera mortificacion, ni aun queremos verter una lágrima por él. ¿De cuando acá ha valido tan poco el cielo?

Dios no nos ha impuesto un precepto de que lo demos todo para obtener el cielo; pero ¿no hay uno que nos manda preferir á todo nuestra salvacion? ¿y el mismo Dios podría dispensarnos de este precepto? ¿De qué sirve al hombre ganar todo el universo, si llega á perderse; ó qué daría en cambio por sí mismo, si se pierde?

Estas grandes verdades han hecho esos escelentes modelos de santidad, esos grandes ejemplos de mortificacion, de desprendimiento, de penitencia. ¿Pero qué impresion hacen hoy sobre mi corazon y sobre mi espíritu? Ellas hacen aun todos los dias conversiones, ¿y por qué no seré yo del número de los que se convierten? ¿Creo yo haber hecho bastante para salvarme? Y si yo me veo obligado á confesar que no he hecho cuasi nada todavía para ello, ¿por qué no empezaré desde ahora? ¿Creo yo que me

salvaré á menor precio, ó que lo que yo he hecho sea de gran mérito?

Pero Dios es bueno: Jesucristo ha merecido el cielo para nosotros; su muerte por todos los hombres les da á todos un derecho á su gloria. ¡Qué bello es este principio, y qué saludable nos sería si supiésemos sacar de él consecuencias mas justas! Dios es bueno; ¿y por qué somos nosotros tan malos? Dios es bueno; ¿y por qué le ofendemos? Jesucristo ha muerto para salvarnos; ¿y por qué rehusamos trabajar en nuestra salvacion? Bella correspondencia sería por cierto decir al Hijo de Dios: ¿Señor, no habeis trabajado bastante? ¿y era razon que yo tambien trabajase? Vos habeis muerto por mí, ¿para qué era necesario que yo viviese por vos? ¿Se atreveria nadie á prevalerse de su pasion, mientras fuese así enemigo de la cruz? Apliquémonos el mérito de ella como el Apóstol. ¿Cuando dirémos como él: Yo lleno en mi carne lo que falta á los tormentos de Jesucristo?

Desde este momento, mi dulce Jesus, desde ahora ya no lo difiero. Lo que habeis hecho para salvarme me da una justa idea del precio de mi salvacion, y me enseña perfectamente lo que yo debo hacer. Concededme vuestra gracia, Señor, para que no sean inútiles todas estas resoluciones. Desde este momento todo va á ceder á mi salvacion.

JACULATORIAS. — Hacedme entender dentro de mí, que vos mismo sois mi salud. (*Psalm. 34.*)

¡Qué alegría, Dios mio, cuando pienso que vuestras aflicciones presentes, que no duran mas que un momento y que son tan ligeras, nos producen un peso eterno de gloria! (*2. Cor. 4.*)

PROPOSITOS.

1 Puesto que no hay verdadera gloria, ni bien real sin la salvacion, y que la salvacion es la posesion de Dios mismo, ¿podrá creerse excesivo cualquier precio que se la dé? ¿Qué idea no debemos formar de ella? ¿Qué caso no debemos hacer de ella? ¿Es mucho vender todos sus bienes para comprar este tesoro? ¿Es mucho sacrificarlo todo para obtener esta perla? (*Mat. 13.*) ¿Qué bien no tendremos cuando poseyéremos á Dios? ¿Qué faltará á nuestra dicha si nos salvamos? ¿Qué objeto mas digno de nuestra ambicion? ¿Qué gloria mas brillante? No se puede atinar si es falta de fe ó de buen sentido el no comprender esta verdad; ciertamente es lo uno y lo otro. Cesad desde este mo-

mento de ser tan poco cristianos y tan poco sabios. Concedid una idea justa de vuestra salvacion, y obrad conforme á esta idea. No emprendais nada sin haber consultado este plan. Pesadlo todo en el peso de la salvacion; medidlo todo por esta regla. Asuntos, empresas, comercio, viajes, establecimiento, condicion, fortuna, cargos, empleo: refiérase todo á Dios, ordénese todo á la salvacion: no hagais nada, siguiendo el consejo del Apóstol, que no os sirva para la otra vida. Decid á vuestra concupiscencia, ó mas bien al tentador: Este placer ilícito, este empleo adquirido por tan malos medios, esta hacienda mal habida; todo esto ¿vale mi salvacion? Y la posesion de todo esto, que durará hasta la muerte, ¿me indemnizará de la pérdida de mi alma? ¡Qué pocas faltas se cometerian; qué poco habria de qué arrepentirse, si se racionase siempre así! Se os ha dado ya una regla semejante, ¿la habeis seguido? ¿os aprovecharéis mas de esta?

2 Tened presente el aprecio que han hecho los Santos de su salvacion, y de todo lo que podía contribuir á merecerles una eternidad bienaventurada. ¿Por qué otra fortuna han suspirado? Y para hacerse acreedores á esta felicidad verdadera ¡qué de sacrificios, qué de combates, qué de victorias! Recorred todas las edades y todos los estados, por todas partes ¡qué ejemplos tan grandes de virtud, de modestia, de mortificacion! ¡qué escelentes modelos de todas las condiciones! Todos estos grandes Santos á quienes nos parecemos tan poco, han sido sabios en no haber sido tan cobardes y tan imperfectos como nosotros. ¿Somos nosotros igualmente sabios en no ser tan devotos, tan humildes, tan mortificados como ellos? ¿Nos atreveríamos á decir que han hecho demasiado para ser santos? ¿Nos atreveríamos á pensar que hacemos bastante para merecer la misma recompensa? Es visible que nosotros llevamos un camino muy diferente que el de ellos; ¿llegarémos al mismo término? y si nuestro destino es tan diferente del suyo, cuanto nuestra vida es desemejante á la de estos grandes modelos, ¿en qué vendrémos á parar? Pasad á lo menos un cuarto de hora hoy ó mañana en meditar sobre estas verdades del todo prácticas, masticad despacio todas estas importantes reflexiones. No os contenteis con confesar friamente, como hacen tantos, que no hacemos nada por nuestra salvacion; que los negocios temporales nos absorben todo el tiempo y todo el cuidado, y que no nos ocupan mas que los entretenimientos de esta vida. Todo esto es verdad, esta confesion está fundada en razon; pero ¿de qué serviría si no va seguida de una mudanza de conducta? Reformad vuestras costumbres, domad vuestras

pasiones, poned en práctica estas instrucciones, y comenzad desde hoy á llevar una vida cristiana.

SÁBADO SEGUNDO DE CUARESMA.

Es tanta la relacion que tienen entre sí la parábola del Evangelio de este día, y la historia que se refiere en la Epístola, que no es posible dejar de ver que la intencion de la Iglesia en esta eleccion es, que no solo celebremos hoy la vocacion de los gentiles á la fe, sino tambien su preferencia sobre los judíos, despues que este pueblo colmado de bienes se ha hecho indigno, por decirlo así, de su derecho de primogenitura: este es el sentido alegórico, tanto de la parábola del hijo pródigo, como de la historia de Jacob y Esaú. En la una y en la otra se ve la misericordia de Dios bien marcada en la predileccion del hijo segundo con preferencia al primogénito. Y como nuestra salvacion la hemos de obrar por la observancia de la ley divina, por tanto la Iglesia en el introito de la misa de este día presenta el carácter y el elogio de esta misma divina ley.

La ley del Señor es pura, brillante, irreprochable, convierte al alma reformando las costumbres, y arrebatada á todos los que la contemplan. Ella es fiel en sus promesas; muda el corazón y da la sabiduría á los mas simples. El salmo 18 de donde está tomado este introito, es una excelente pieza de moral. David confiesa desde luego que los cielos y todos los cuerpos celestes publican altamente la grandeza y la omnipotencia de Dios que los ha criado; y toda la idea que da en seguida de la santidad de su ley, es la mas á propósito para hacer santos é irreprochables á los siervos de Dios. Los apóstoles y los padres han aplicado este salmo parte á Jesucristo, parte á los predicadores del Evangelio. Teodoro reconoce en él tres especies de leyes ó de declaraciones de la voluntad de Dios á los hombres. Son, dice, tres voces que nos enseñan cada una en su lengua particular á conocer, amar y servir á Dios. La primera es la de la naturaleza que nos habla en las obras del Criador; la segunda es la de la ley escrita que nos explica mas por menor su voluntad y nuestros deberes; la tercera es la ley de gracia dada por Jesucristo, y grabada en nuestros corazones por el Espíritu Santo, mucho mas perfecta y mas eficaz que todas las otras.

La Epístola que leemos en la misa de este sábado nos representa la historia de Jacob, cuyo nombre se interpreta: *el que suplanta*. Era hijo de Isaac y de Rebeca: vino al mundo con su

hermano Esaú el año 2168, y antes de Jesucristo 1838 ó 40. Aun quando eran gemelos, habiendo nacido Esaú el primero tenia el derecho de primogenitura; pero muy poco despues vendió ó cedió esta prerogativa á Jacob por una escudilla de lentejas; este derecho, tan precioso en el antiguo Testamento, dicen los padres, consistía en el sacerdocio que estaba anejo á la persona de los primogénitos; en una doble porcion en la sucesion de los bienes paternos, y en una superioridad sobre todos sus hermanos. Habiéndose casado Esaú con una jóven cananea, llamada Judith, contra la voluntad de sus padres, perdió mucho de la gracia del padre y de la madre. Sin embargo habiendo llegado Isaac á ser muy viejo y ciego, le hizo venir para darle su bendicion, mirándole siempre como el primogénito; por esta ceremonia entraban los primogénitos en posesion de sus prerogativas. Mas como Esaú era gran cazador, le dijo el santo viejo, que no le daria esta solemne bendicion hasta que le hubiese traído alguna cosa de su caza, y se la hubiese compuesto á su gusto. Oído esto por Rebeca, dejó que partiese Esaú, y habiendo llamado á Jacob, le declaró el designio que tenia de procurarle esta solemne bendicion de su padre. Para conseguirlo era necesario adelantarse á la vuelta del cazador, y presentarse como si fuera él. Rebeca dijo á Jacob, que fuese y tomase prontamente dos de los mejores cabritillos del rebaño, á fin de que ella los preparase para comerlos su padre, del modo que ella sabia que le gustaba: esta propuesta era demasiado ventajosa al segundo para que dejase de agradarle; pero Jacob temia que si se descubria el artificio le dañase: Vos sabeis, dijo á su madre, que mi hermano tiene el cuerpo velludo, y que yo soy lampiño. Si mi padre llega á tocarme, y cae en ello, no dejará de creer que yo he querido engañarle, y tengo miedo de atraer sobre mí por esto su maldicion en lugar de su bendicion, y de este modo me arriesgo á incurrir en su desgracia. No temas nada, hijo mio, replicó su madre, yo misma me cargo con esta maldicion; haz pues lo que te he dicho; tú ignoras el misterio. Es visible que ella no lo ignoraba, y que lo que la hacia obrar y hablar de este modo era la confianza que tenia de ver cumplido lo que el Señor la habia dicho en el tiempo de su preñez, que el mayor estaria sujeto al menor.

Jacob obedeció, y habiendo traído los dos cabritillos los dió á su madre, la cual los aderezó á su padre conforme ella sabia que le gustaban: en seguida hizo poner á Jacob los mas preciosos vestidos de Esaú, que ella guardaba, le puso al rededor del cuello y cubrió sus manos con la piel de los cabritillos. Así dis-